

La posibilidad populista de Mauricio Macri, ¿o la persistencia (-hegemónica) del neoliberalismo?

Lucas Ezequiel Bruno

En las elecciones legislativas del año 2017 la Alianza Cambiemos –compuesta por varios partidos políticos tales como el PRO, la Coalición Cívica y la Unión Cívica Radical, entre otros menores y/o provinciales– obtuvo un triunfo ajustado a nivel nacional: se impuso con el 45% de los votos seguidos del 43% que obtuvo el Frente para la Victoria - PJ. El triunfo más importante sin lugar a dudas fue en la provincia de Buenos Aires donde el candidato del oficialismo, Esteban Bullrich, derrotó a Cristina Fernández de Kirchner por casi cuatro puntos de diferencia –Cambiemos conquistó el 41,35% de los votos contra 37,31% de Unidad Ciudadana–.

A partir de allí y ante la principal opositora derrotada, muchos analistas y periodistas –la periodista Silvia Mercado, para *Infobae*, con una nota titulada: “Mauricio Macri, un populismo del Siglo XXI”, escrita en abril del 2018, o el académico Marcos Novaro en una nota de opinión para TN (Todo Noticias) denominada “Mauricio Macri, tentado de hacer populismo de derecha”, escrita para febrero del 2018– pronosticaban la posibilidad populista de Mauricio Macri, es decir la posible emergencia de un populismo de derecha. ¿Qué implica un populismo de derecha? Ernesto Laclau cuando explicaba su hipótesis acerca del populismo sostenía que este podía ser de derecha o de izquierda; al ejemplificar proponía al gobierno inglés de Margaret Thatcher como un populismo de derecha. La apuesta del autor argentino era hacer especial hincapié en que el populismo, en su interpretación, constituía una forma de la política más allá de los contenidos que pueda asumir (Laclau, 2013). Es decir que para Laclau (2013) cualquier construcción política que comparta ciertos caracteres tales como la partición de la comunidad política en dos agrupamientos radicalizando el conflicto, la no-

minación del pueblo a partir de un significante tendencialmente vacío, la movilización de lo afectivo y el despliegue y la tensión de la lógica de la diferencia con la lógica de la equivalencia, podrían ser consideradas un populismo. Más allá de las consideraciones vertidas por el autor —que consideramos son las más serias en relación a los estudios sobre el populismo— la hipótesis en relación a la emergencia de un populismo de derecha en la Argentina se sostiene en base a dos supuestos: la permeabilidad del discurso presidencial en el sentido común —principalmente en lo relativo a la meritocracia, el esfuerzo individual y el merecimiento— y la construcción de un enemigo político: el kirchnerismo. Desarrollaremos estos argumentos.

En relación a lo primero, el discurso de la Alianza Cambiemos y en especial el del presidente Macri fueron muy efectivos al hacer persistir en el imaginario de la comunidad política argentina ciertos tópicos neoliberales: la constante alusión al esfuerzo individual o al crecimiento económico personal a partir del mérito de cada uno, en conjunto con las referencias despectivas hacia las personas que reciben la ayuda de Programas Sociales por parte del Estado, constituyen una combinación muy potente que impregna el sentido y los cuerpos de las personas. Podríamos decir que el discurso neoliberal ha persistido en la comunidad política argentina a partir de ciertos tópicos específicos que la alianza de gobierno viene a potenciar: la meritocracia, la salvación individual, el esfuerzo personal en desmedro de cualquier condición de posibilidad de dicho esfuerzo, la movilización de afectos negativos, como el odio, hacia personas o colectivos de identificación que necesitan el soporte del Estado para poder subsistir. Sostenemos que esto no es originario ni un emergente novedoso del gobierno de la Alianza Cambiemos: tal como dijimos, es una de las formas de la persistencia del discurso neoliberal a partir de algunos tópicos concretos que el discurso oficial vendría a potenciar, magnificar y darle más legitimidad y disponibilidad en lo público. La persistencia la podemos explicar a partir de las consideraciones de Yannis Stavrakakis (2007): la adhesión de energía psíquica, afectiva y emocional a ciertos significantes y tópicos que les sirven como soporte de identidad a ciertas comunidades y sujetos. Más allá de la explicación de la perdurabilidad, lo que nos interesa aquí es poner en evidencia que en esta argumentación hay una confusión de dos categorías que la teoría política distingue y diferencia: la de hegemonía y la de populismo. Los medios de comunicación monopólicos sostienen que un gobierno es hegemónico cuando se

produce una excesiva concentración de poder y no se respetan los pilares del sistema republicano de gobierno como la independencia y separación de los poderes o la transparencia en los actos públicos. En relación al populismo, lo emparentan con la demagogia, la corrupción, un excesivo intervencionismo estatal, el clientelismo y cualquier otro calificante negativo. Ambas categorías son utilizadas para referir a gobiernos nacionales y populares que tuvieron como objetivo la redistribución de la riqueza.

Ante esta persistencia de tópicos neoliberales que el discurso oficial fomenta, legitima y expande, ciertos analistas y periodistas arguyen la posibilidad populista de Mauricio Macri. No es lo mismo la operación hegemónica –constitutiva de la política– que un gobierno populista –una de las formas que puede adquirir la política–; ambos procesos poseen estatus diferentes. En nuestra perspectiva la hegemonía no tiene nada que ver con la afectación del sistema republicano de gobierno como lo difumina cierto sector de la prensa, la operación hegemónica es principalmente la presentación de un interés particular como el interés de toda la comunidad. En este sentido, y a la vista de los resultados electorales del año 2017, podríamos decir que el gobierno de Mauricio Macri sí ha logrado construir hegemonía: es decir presentar el interés que representa su gobierno, el de los empresarios, multinacionales, sectores concentrados del campo, fondos de especulación financiera, entre otros, como el interés de toda la comunidad política argentina. El gobierno recrea la imaginación comunitaria en un sentido muy específico: todos y todas podemos ser empresarios exitosos a partir del esfuerzo personal. Esta concepción subjetivista de la hegemonía permite trascender cualquier tipo de determinismo economicista: un sujeto de muy bajo poder adquisitivo sí podría votar a un empresario y, mucho más allá, sentirse identificado con él y su gobierno. La hegemonía es la capacidad de poner el mundo en palabras, interpretarlo y dotarlo de un sentido específico excluyendo otros posibles. El triunfo electoral del año 2017 permite deducir que Cambiemos y el gobierno de Mauricio Macri han construido una hegemonía, es decir han impuesto su relato e interpretación de las cosas, del mundo y del país, por lo que un trabajador, a pesar de que el Gobierno haya tenido muy pocas políticas para dicho sector, puede votar a Cambiemos sin que ello implique votar en contra de sí mismo o alguna especie de “falsa conciencia”. Entonces, desde la teoría política del discurso, la hegemonía no tiene tanto que ver con

la “concentración del poder” sino con la imposición —en cierto grado siempre violenta— de un tipo de orden político, por eso podemos afirmar que el Gobierno nacional es hegemónico, pero ¿es populista?

Como decíamos, ciertos medios de comunicación confunden dos categorías que no son lo mismo. Que Cambiemos haya logrado construir hegemonía en estos tres años de gestión del Estado nacional no significa que haya construido un populismo. Esto requiere un análisis un poco más profundo. Por ahora lo que reiteramos es que, como explica Laclau (2013), el populismo es una forma de la política que se vincula con el conflicto, lo afectivo, la nominación a partir de un significante tendencialmente vacío y las lógicas de la diferencia y de la equivalencia. El populismo presupone a la hegemonía, pero no a la inversa; esto lo desentrañaremos a continuación.

El segundo soporte de la hipótesis en cuestión es que el gobierno de Mauricio Macri ha construido un enemigo político: el kirchnerismo. Aquí también se produce otra simplificación del discurso político: cualquier discurso político que pretenda ser hegemónico opera sobre la base de una exclusión necesaria. La operación de exclusión es constitutiva de la hegemonía o de la posibilidad hegemónica. Como decíamos anteriormente, la construcción hegemónica implica la imposición de un orden político posible excluyendo la infinidad de otros órdenes posibles, por lo que al interior de la operación hegemónica se ubica la violenta exclusión de otras identificaciones políticas. En consecuencia la construcción de un enemigo político al cual el gobierno hegemónico de Cambiemos decide excluir es parte constitutiva de la posibilidad hegemónica. El populismo también reconoce el trazado de una frontera política y la definición de un exterior constitutivo, pero presupone este componente porque, como dijimos, populismo implica necesariamente hegemonía. Sin embargo en este aspecto sí podríamos acentuar cierta especificidad del populismo ya que la exclusión del exterior constitutivo se da en términos muy particulares, ¿cómo opera la exclusión en la frontera política trazada por Cambiemos en relación al kirchnerismo?

Lo primero que tenemos que reconocer es que efectivamente el discurso oficial opera una exclusión en relación a la identificación kirchnerista. Se intenta una ruptura radical con el pasado inmediato describiendo al mismo como el causante de todos los males del país. El

kirchnerismo es presentado como lo corrupto, lo clientelar, lo autoritario, lo asfixiante de la iniciativa privada; una etapa de nuestra historia que es necesario superar a partir del esfuerzo, el sacrificio y el trabajo de cada uno de los argentinos, en especial los sectores más vulnerables. Los problemas económicos que transitó y que transita el país durante la gestión de Mauricio Macri son a causa del despilfarro y el manejo irresponsable de los recursos por parte de Cristina Fernández de Kirchner –el nombre de todos los males en el discurso oficial–. Sin embargo, lo más llamativo de este mecanismo de exclusión es que es una operación inconfesa y soterrada, es decir nunca admitida como tal. El gobierno de Cambiemos soporta dicha exclusión a partir de un discurso aparentemente consensualista en donde, en principio, podrían convivir todas las diferencias políticas en armonía y en paz sin ningún tipo de jerarquización: Mauricio Macri asume la presidencia del Estado nacional a partir de la postulación de tópicos no conflictivos tales como “la revolución de la alegría”, “todos juntos”, la promesa de “zanjar la grieta” o “reconciliar a todos los argentinos”; postulados que sigue sosteniendo en el ejercicio efectivo de la presidencia. En definitiva, el discurso oficial no da cuenta de ningún mecanismo de exclusión de la alteridad constitutiva, es decir pretende no dar cuenta de la conflictividad y del antagonismo –por más que en su práctica lo lleve a cabo–.

El problema de las fronteras políticas que son tratadas bajo el discurso institucionalista o consensualista es que, por lo general, devienen en exclusiones mucho más violentas y persecutorias de la alteridad constitutiva. Cuando se yuxtaponen la necesaria exclusión del Otro y componentes consensuales/institucionalistas –es decir negadores de la intrínseca conflictividad– el discurso político tiende a poseer matices o tintes autoritarios, proclive a procesos de persecución y agresión de la diferencia excluida. En este sentido vemos cómo la identidad kirchnerista es confinada a poseer todos los males y esto convive con un proceso de persecución política de algunos militantes y dirigentes que se identifican con el kirchnerismo. No estamos diciendo que el gobierno de Mauricio Macri sea un gobierno autoritario, sino que al coincidir en un mismo discurso político apelaciones a expulsar el conflicto de la comunidad política y, en simultáneo, excluir una diferencia definida como la alteridad constitutiva, el discurso político en cuestión va a contener ciertos elementos autoritarios necesariamente, ya que en estos casos es la única forma de dar cauce y tratar el antagonismo.

Ya tenemos algunas pistas para pensar la posibilidad populista del gobierno de Mauricio Macri. Ahora queremos preguntarnos si existe la posibilidad de pensar la construcción de un Pueblo macrista –como, entendemos, sí lo hubo en relación al kirchnerismo (el Pueblo kirchnerista)–. La Alianza Cambiemos es tildada frecuentemente como un gobierno neoliberal: se podría suponer que la destrucción del empleo, la devastación de las pequeñas y medianas empresas, la precarización de las condiciones laborales de los trabajadores, el ajuste a los pensionados y jubilados, el achicamiento feroz del Estado en áreas sensibles como Salud, Trabajo, Educación y Ciencia y Tecnología, la inflación galopante y el desquicio de todas las variables macroeconómicas son parte de políticas neoliberales que redundan en la transferencia de recursos de los sectores más humildes a los sectores concentrados; sin embargo el neoliberalismo es algo más.

Nosotros entendemos que el dispositivo neoliberal funciona a partir y soportado en el discurso neoliberal, que su especificidad –más allá de las políticas económicas ortodoxas– está dada por el funcionamiento de una lógica política particular: la lógica de la diferencia. Esto implica que cada demanda social sea reducida y tratada como una diferencia más dentro del sistema de diferencias, es decir que no habría, en principio, jerarquización de las diferencias sino que todas tendrían el mismo valor obturando la posibilidad de la emergencia de cualquier antagonismo político. Al encorsetar cada particularidad como una diferencia más se obtura el potencial político-disruptivo de cada identificación –es decir, de cada diferencia–: los Organismos de Derechos Humanos en un orden signado por la lógica de la diferencia solo estarían habilitados a decir y hablar sobre los derechos humanos, las organizaciones de la economía popular u organizaciones sociales que reclaman por trabajo digno solo podrían hablar sobre programas sociales, los trabajadores solo sobre cuestiones reivindicativas propias de su sector, y así con cada identificación. Es decir, el discurso neoliberal intenta hacer coincidir los límites de la propia particularidad con los límites de la posibilidad de politización de dicha identificación: se obtura así el lazo equivalencial que pudieran desarrollar las diferentes identificaciones entre sí para construir un Nosotros o un Pueblo que las trascienda pero, al mismo tiempo, dé cuenta de sus particularidades. El discurso neoliberal, que funciona a partir de la lógica de la diferencia, no posibilita la politización de las identificaciones políticas y de las demandas particulares al reducir cada particularidad a su propia reivindicación.

En este sentido es muy difícil pensar la posibilidad de un Pueblo macrista, no por el contenido de las identificaciones sino por la lógica política imperante en el discurso neoliberal. La constitución de un Pueblo requiere ontológicamente de cierta tensión con la lógica de la diferencia y, por su forma de constitución, con el discurso neoliberal: la faz colectiva, común o equivalencial permite que cada demanda particular trascienda su diferencialidad para discutir, pensar, crear e imaginar la generalidad del orden político mucho más allá de las propias reivindicaciones –por eso, por ejemplo, durante el proceso político kirchnerista los Organismos de Derechos Humanos no solo discutían cuestiones atinentes a la Memoria, a la Verdad y a la Justicia, sino que también tomaban como agenda la justa redistribución de la riqueza, es decir imprecaban la generalidad del orden político–. Queremos aclarar nuevamente que esta argumentación no tiene que ver con el contenido ideológico de las demandas particulares o identificaciones políticas articuladas en la cadena, sino más bien con la forma que adquiere dicha articulación en procesos neoliberales. Entendemos que constitutivamente, por la forma que adquiere la articulación política en procesos políticos de carácter neoliberales, está obturada la posibilidad de pensar un Pueblo macrista –mucho más allá de sus contenidos ideológicos–.

Ciertos analistas y algunos medios de comunicación realizan una operación simplista y reduccionista equiparando populismo a “sectores populares”, es decir que si un gobierno recibe el apoyo y el voto de los sectores humildes del país, este podría ser populista. La perspectiva reduce la complejidad del populismo para desvirtuarlo. Ya hemos visto que el populismo es un fenómeno político mucho más complejo que implica ciertas operaciones políticas específicas para constituirse como tal. Sostener que, si los sectores populares apoyan, muestran adhesión o votan a un proyecto político este se convierte en populista es también esencializar y reificar a los sectores populares. Estas franjas de la población que son las más vulnerables de nuestras comunidades no constituyen una identificación política per se, es decir que para que los sectores populares –como cualquier otro sector– se constituyan en una identificación política con demandas particulares susceptibles de articularse con otras demandas de otros sectores, tiene que mediar un proceso de interpelación política-colectiva hacia estos sectores; la interpelación y el llamado hacia ellos tiene que efectuarse reconociendo una identificación política allí y no solamente meras individualidades. Cuando analizamos la com-

posición de los votantes de Cambiemos tanto del año 2015 como del año 2017 observamos que gran parte de los sectores más humildes y con menos poder adquisitivo de nuestro país brindaron su apoyo en las urnas a dicha coalición: este fenómeno no es llamativo, como lo venimos repitiendo desde la teoría política del discurso no existe un determinante último de la acción –o, en este caso, del voto– que sea económico como ciertas perspectivas institucionalistas y neomarxistas sostienen –otra forma de esencialismo–. Los sectores populares, como los sectores del trabajo, o como cualquier otro sector o agrupamiento, no están necesariamente identificados con su situación de vulnerabilidad económica, es decir esa condición no los constituye por sí en una identificación política. La Alianza Cambiemos ha interpelado a los sectores populares desde su pura individualidad, es decir desde patrones impostados de éxito, aprobación y aceptación en donde el valor central que se pone en juego es el esfuerzo, el sacrificio, el trabajo y el mérito individual para gestionar y administrar la propia pobreza. Bajo la hegemonía del discurso de Cambiemos no hubo ningún proceso de interpelación por parte del discurso oficial a los sectores populares en tanto identificación política, sino como meras partes fragmentadas, individualidades susceptibles de administrar(se). Esta perspectiva rompe y trastoca cualquier tipo de esencialismo en relación a las identificaciones políticas, ya que no pueden existir identidades preconstituidas previo al proceso de articulación política, como tampoco existen determinantes últimos –ya sean económicos o de otra índole–. Por consecuencia, el apoyo de los “sectores populares” en los procesos electorales a la Alianza Cambiemos no es ni siquiera síntoma de la emergencia de un populismo macrista.

Entonces, ¿la posibilidad populista de Macri o la persistencia(-hegemónica) del discurso neoliberal?

Conclusiones

La Alianza Cambiemos y el presidente Mauricio Macri tienen una posibilidad populista pero a condición de trastocar la lógica de la diferencia, incorporar elementos equivalenciales en su discurso y dar cuenta de la operación de exclusión de la alteridad política representada en la identificación kirchnerista. Mientras esto no suceda el gobierno de Macri seguirá siendo un

gobierno institucionalista con matices autoritarios. En definitiva, la posibilidad populista de Macri es el abandono de los postulados del discurso neoliberal.

En este sentido es que el proceso político kirchnerista ha trastocado el discurso neoliberal a partir de la construcción de un Pueblo kirchnerista, es decir de un populismo kirchnerista, pero esta dislocación fue limitada en función de las condiciones de semi-estructuralidad; la relativa estructuralidad (Barros, 2013) de la etapa anterior –la famosa década de los 90– signada por el discurso neoliberal estaba sedimentada en gran parte de la comunidad política argentina. La sedimentación se hace visible y palpable a partir de los tópicos que hemos enunciado arriba: el apego, el enganche y la adhesión que genera el discurso oficial en relación a la meritocracia, el esfuerzo individual y el desprecio a quienes reciben la ayuda del Estado a partir de un Programa Social. El kirchnerismo logró construir un Pueblo y a partir de allí discontinuar el discurso neoliberal que venía perforando el imaginario colectivo argentino desde el año 1976 hasta el 2003, sin embargo la ruptura –como toda ruptura– no fue ex nihilo sino que estuvo condicionada y posibilitada por las condiciones de relativa estructuralidad vigentes. En definitiva, hay tópicos propios del discurso neoliberal que el kirchnerismo no pudo deconstruir y/o perforar.

Lo que ha posibilitado el discurso de Cambiemos es que aquellos tópicos neoliberales estén nuevamente a la orden del día y disponibles para cualquier proceso de identificación política: por esto mismo los “sectores populares” se pueden identificar con un empresario exitoso que gestiona al Estado, tal cual se ha construido la imagen presidencial de Mauricio Macri, simplemente porque han logrado construir hegemonía. No es necesario forzar categorías como las de populismo para intentar explicar procesos políticos de carácter neoliberales apoyados o sostenidos en gran parte por la adhesión popular –incluyendo a los sectores más humildes y excluidos–. Se hace más necesario revisar la historia reciente de manera crítica y poder identificar los tópicos de persistencia del discurso neoliberal que son los soportes identitarios del discurso de Cambiemos y a partir de los cuales han logrado instituir una nueva hegemonía.

Para finalizar queremos destacar una última consideración. Contextualmente, como se definen los procesos políticos y el campo de batalla, consideramos que la alternativa al discurso

neoliberal en esta coyuntura sociopolítica y en la región latinoamericana, son los populismos. El clivaje político de la región para la contemporaneidad es régimen neoliberal vs. populismo: la mayoría de los países latinoamericanos están atravesados por dicho antagonismo y, en definitiva, aquel conflicto está siendo el que estructura las comunidades políticas locales. El único discurso político con la potencia política suficiente para movilizar, construir, y hacerle frente al dispositivo neoliberal es el discurso populista –y, con la experiencia de los populismos de la región, estos son prioritariamente “nacionales y populares”–.

Bibliografía

- Barros, Sebastián (2013). “Notas sobre los orígenes del discurso kirchnerista”. En J. Balsa (Comp.), *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo* (pp. 37-51). Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y Universidad Nacional de Quilmes.
- Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj (2011). *Contingencia, hegemonía y universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Grosso, Alejandro (2009). *Los dos príncipes. Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María, Córdoba: Edivim.
- Laclau, Ernesto (2013). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2011). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Stavrakakis, Yannis (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.